



contratacion, tomaron costumbre de tener dinero segun los de Cádiz y sus fenices lo trataban, pareciéndoles mucho descanso señalar una cosa cierta por la cual todas las otras se trocassen; aunque verdaderamente sabemos en estos principios haber sido pocos los andaluces que consintieron en ello, no por más de por ser la tal moneda cosa de metal, y los metales tener entre ellos flaca reputacion, á causa de no traer ayuda para las necesidades de la vida, si no fuese hierro y acero, que sólo por esta causa lo preciaban en mucho, dado que tenian de él gran abundancia.

Con el provecho de estos tratos, y con la multitud de la gente que siempre venia, la ciudad fué creciendo de tal arte, que brevemente pareció la mayor cosa de todas aquellas tierras; y no contentos los de Cádiz con engrandecerla y poblarla cada dia de gentes y riquezas, la cercaron de muros fuertes, y desde allí poco á poco se derramaron por las tierras comarcanas y poblaron otras estancias y pueblos menores en sus confines, usurpando los mineros de metales donde quiera que los hallaban, y fortaleciéndolos con guarda de gentes y de torres nuevamente hechas, y con todas las otras defensas convenientes, porque allende ser aquellos mineros muy preciosos, son muchos en cantidad por el Andalucía toda, donde se cria multitud de plata finísima, mucho oro, mucho azogue, plomo, cobre y estaño, con más otras diversidades de venas tales, que pocas tierras se le igualan, así de ser muchos, como de ser acendrados y perfectos, aunque se compare con ellos lo más precioso de las Indias. Mas el dia de hoy, ni buscamos ni miramos en esta riqueza del Andalucía, ni casi la sentimos; dado que veamos mucha señal de ella con indicios y margasitas, que declaran manifestamente dónde se puede hallar. Aquello todo recogieron algunos dias los fenices y los de Cádiz, á la ciudad y templo nuevamente fundadas, y á las torres y fuerzas que dentro de la provincia tenían edificadas muy disimuladamente, sin alterar por el presente la tierra, ni le hacer otro daño; con lo cual se pudieron conservar largo tiempo, que nadie sospechaba mal de su conservacion, ni miraban en los males ó bienes que hacian. Pero como la prosperidad cuando crece (segun fué la de estos fenices) en los principios traiga desórden, y la desórden licencia demasiada, no contentos con los bienes que de la tierra sacaban tan sin estorbo, saltaron en algunas obras de tiranía, tomando secretamente muchos de los españoles que hallaban desmandados, los cuales traian á sus puertos y navios; y metidos allí, los pasaban

en otras tierras, donde los vendian ó trocaban como se les antojaba. Salian con esto fácilmente, porque los andaluces eran tan poco recatados en aquella sazón, y los fenices lo hacian con tal encubierta, que mucho tiempo no lo sintieron, aunque los daños eran grandes. Un filósofo griego llamado Platon, dice en un libro suyo, intitulado Timeo, que los pueblos Atlantes de la isla Eritrea, frontero de España, por un cierto tiempo que no declara, pasaron en las tierras de Europa hasta que llegaron á Grecia, donde tomaron por fuerza de combate la ciudad de Aténas, que todos aquellos dias era de los señalados pueblos del mundo; mas á la fin dice, que fueron allí muertos y vencidos los más de los eritreos, como tambien escribió despues en otro libro muy largo, que particularmente compuso de la guerra que hicieron éstos. Y si lo tal no fuese fábula, quien quiera podria sospechar haber sido los Atlantes, que Platon llama de la isla Eritrea, algunos moradores de Cádiz, los cuales mal acostumbrados en los daños que ya hacian por dentro del Andalucía, viéndose ricos y poderosos, como siempre la codicia desvariada traiga consigo muchas otras de mayor desórden, no dudarian de pasar estos eritreos en las tierras que dice Platon, para tambien robarlas y hacer los males que por allí cuenta.

Cierto es que todos aquellos mares del Occidente, donde cae la isla de Cádiz y sus confines, fueron siempre llamados por los cosmógrafos antiguos el mar Atlántico; los pueblos que cerca moraban, así dentro de las islas como por las riberas del continente, se decian atlánticos en general, y la isla de Cádiz entre los más autores, se tiene por muy averiguado que los tiempos antiguos la llamaban Eritrea, por causa de sus primeros pobladores venidos con Hércules el Egipciano, que fueron naturales y nacidos cerca del mar Eritreo, llamado por otro nombre mar Bermejo, ó por causa tambien de estos fenices de Cádiz, de quien ahora hablamos, cuyos progenitores fueron los más que poblaron á Tiro en la tierra de Fenicia, y estos eran eso mismo naturales de las tierras cercanas al mar Eritreo, como ya en los veintiseis capítulos del primer libro dejamos escrito, las cuales dos cosas pertenecen y vienen justas á la cuenta ó escritura de Platon. Pero si fueron ellos ó no, cada cual conjeture como quisiere. Quanto al estado del Andalucía, no tenemos duda que los fenices de Siron y de Tiro, juntamente con los de Cádiz, alcanzaron en ella tal pujanza, que casi lo mejor de ella señoreaban, así de sus islas, como desde la ciudad nuevamente fundada dentro del continente,



segun que muchos de nuestros cronistas castellanos lo confiesan, y de muchos otros autores latinos y griegos manifestamente se recoge.

CAPÍTULO XII.

De las turbaciones y mudanzas que sucedieron á los españoles de Sicilia con diversas naciones griegas, que casi por este tiempo pasaron allá, donde los españoles perdieron parte de las ciudades y tierras que primero poseian en aquella isla.

Estendo los fenices de Cádiz ocupados en el acrecentamiento de su ciudad y del templo que fundaron en tierra firme del Andalucía, las otras cosas de la comarca no tenian mudanzas que sepamos, ni de las otras gentes españolas tampoco sabemos acontecimiento que por ellas pasase, pero sabemos lo de los españoles sículos, moradores en Sicilia, de los cuales, y de los tiempos y causas que los trajeron en aquella region, dejamos ya relacion en algunos capítulos del primer libro. Éstos, como quiera que desde los años antiguos hubiesen edificado por allí poblaciones en que vivian, y entre ellas fuese una la ciudad de Siracusa, que dicen Sarausa sus naturales, nosotros la llamamos Zaragoza de Sicilia, donde residian asentados y pacíficos, con añadimiento de su linaje y de su honra, no les pudo mucho durar aquella prosperidad y descanso, como jamas dura cosa de las que los hombres en esta vida desean ó le son más menester; y fué la causa que por esta sazón, dentro del año 738 ántes del advenimiento de Nuestro Señor Jesucristo, llegó por aquellas comarcas y marinas un capitán griego llamado Archias, natural y morador en la ciudad de Corinto, con fustas bastecidas de gente que le seguian en razonable cantidad, el cual dejando su flota sobre mar, avisados los que dentro quedaban, para que cuando viesen cierta seña, moviesen contra la ciudad, tomó tierra prestamente con hombres armados de secreto, fingiendo venir pacíficos á negociar en aquellas partes algunas cosas de su provecho si las hallasen.

Con esta disimulacion entraron en el pueblo pocos á pocos, y considerada cierta parte del muro donde le pareció que podrian fortalecerse, despues que fueron dentro descubrieron súbito las armas y ganando la principal puerta de la villa, hicieron luego la seña, para que los de la flota viniesen tambien por el agua: los cuales llegados á la ciudad todos juntos en un tropel, ocuparon el puerto con quanto dentro hallaron de bateles y fustas, y basti-

mento de navegacion. Los ciudadanos, visto que sus adversarios poseian lo más fuerte del muro, desde el cual ya muchos dellos bajaban á las calles y casas, matando cuantos ante sí topaban, turbados con tal sobresalto desampararon el pueblo sin detenimiento con los hijos y mujeres que pudieron escapar, y se retrajeron en otra villa de la misma nacion sícula española, que decian Leoncio, donde fueron amparados y recogidos cuanto bien fué posible. Esto negociado, Archias fortificó la ciudad en las partes necesarias, y comenzó de labrar en ella muchos edificios y templos conformes á la manera de Grecia, con toda la suntuosidad á que bastaban sus fuerzas, y de los que con él vinieron. Item, comenzó de negociar amistad con algunos pueblos comarcanos que sintió no ser de la casta de España, ni de su descendencia ni parcialidad, y hallaron algunos muy apropiados á lo que deseaban, porque sólo un año ántes que esto de Siracusa pasase, habia tambien desembarcado en Sicilia otro capitán nombrado Teocles; y dado que fuese natural de la ciudad de Aténas, traia mucha gente de diversas provincias griegas: unos nacidos en Calcis, poblacion principal de Negropontes otros de Megara, ciudad de los Dores; otros de los Yones de Grecia; los cuales así juntos con aquel Teocles, fueron los primeros griegos que vinieron á Sicilia para morar en ella, donde llegados pacíficamente, sin hacer demasia ni rompimiento con alguna persona, le dividieron en dos poblaciones, una llamada Naxo, que fundaron á su parte desde los cimientos los calcidenses de Negroponte, otra los Dores, en un lugarejo pequeño que hallaron ya hecho de los moradores de la tierra, nombrado Hybla, cuyo vecino principal se decia tambien Hyblon, sucesor y descendiente de otra casta española no ménos antigua, llamada de los Sicanos; el cual Hyblon los hubo recibido dentro de su pueblo muy de buena voluntad; y con el acrecentamiento que los tales Dores griegos allí hicieron, se fué mudando la primera nombrada deste lugar, y le llamaron Megara, como solian decir á la ciudad griega de su naturaleza. Con éstos, y con el capitán Teocles se confederaron los corintios nuevamente venidos á Siracusa, contra los sículos españoles, y fué fácil el avenencia, tanto por ser griegos los unos y los otros, como por tratar todos una misma demanda, que era ocupar si pudiesen aquella tierra. No dejaron tambien de tentar alguna concordia con los mismos zaragozanos á quien habian despojado, prometiéndoles gran parte de la ciudad si quisiesen poner las armas, y consentir otras condiciones razonables á gente ven-



cida; pero como las injurias fuesen muy recientes, nadie lo quiso aceptar, y así las porfias y los daños de los unos á los otros duraron muy encendidos siete años continuos que jamas cesaban de se guerrear y maltratar cuanto podian. Verdad sea, que como hasta los dias presentes hubiese mucho tiempo que los zaragozanos ó Sarauses y Leoncios vivian por allí sin contradiccion de nadie con la paz larga, faltábales el ejercicio de las armas, y los griegos sus adversarios conocieron claro que les defenderian cualquier cosa que ganasen, mayormente durando la liga de los megarenses y de Naxo: los cuales á la par tomaron la causa por suya con los de Corinto.

Perseverando todos ellos en estas contiendas, aconteció que salieron un dia las principales personas y cabezas de los leoncios y zaragozanos á correr la tierra segun solian; y dado que por ser los principales fuesen pocos, llevaban buenas armas y caballos con que creian entrar y salir donde quiera muy á su salvo; pero los de Naxo supieron luégo su venida, y juntados á gran priesa con cuanta gente pudieron de sus confederados y comarcas y de su pueblo mismo, sin dejar en él persona que fuese para tomar armas, atajaron primeramente los pasos por donde los sículos podian huir, y con todo lo restante dieron en ellos muy á su salvo, y alanceados algunos que se pusieron en defensa, todos los otros fueron tomados á prision y llevados á Naxo muy atados y con muy buena guarda. Primero que los llevasen despojáronlos en el campo de cuanto traian, y cabalgando sobre los caballos de los presos y vestidas sus armas y ropas para semejar ellos mismos, caminaron contra la villa de Leoncio como que venian huyendo de mucha parte de su gente que los seguia. Los de la villa cuando los vieron así llegar, creyendo que fuesen los suyos segun les parecia en las armas y caballos, abrieron luégo la puerta para recogerlos, y así metidos en Leoncio los de Naxo, sin pasar más adelante revuelven sobre los porteros, y matándolos á todos recibieron por allí todo el golpe de su gente. Desta suerte, con la prision de los principales ciudadanos, y con faltar las cabezas que pudieran remediar algo en aquel hecho, la villa de Leoncio no tuvo remedio y fué tomada por los griegos en el año de setecientos y treinta y uno ántes que nuestro Señor Jesu-Cristo naciese, cumplidos justamente siete años despues de la perdicion de Siracusa ó Zaragoza de Sicilia, las cuales ambas con todas sus comarcas y con la mejor parte de Sicilia, el linaje de los españoles sículos hubo poseido

quinientos y treinta y un años de tiempo, no embargante que Tucídides diga solos trescientos, á causa de sospechar el que la venida de los españoles sículos en Sicilia fuese despues de la guerra troyana, siendo cierto que fué sesenta años ántes como en el primer libro queda ya declarado conforme á la relacion de Filistio siracusano. En las crónicas enmendadas de San Eusebio, podrá quien quisiere contar los dias, quinientos y treinta y un años, desde aquellos sesenta ántes de la dicha guerra troyana hasta los primeros años de la décima olimpiada de los griegos, en que todos afirman haber sido la pérdida de Leoncio despues de la de Siracusa, lo cual por buena cuenta concurre con los años ántes de Cristo que ya dejamos aclarados.

CAPITULO XIII.

Del estrago que despues desto hizo por las marinas españolas un rey egipciano llamado Taraco, natural de las tierras Etiópicas, y cómo los de Cádiz enviaron á él su mensajería, lo cual fué mucha causa para que Taraco, desde el Estrecho de Gibraltar no pasase más adelante, y tornase por otras provincias en España, obrando gran destruicion.

Pocos años despues que los acontecimientos y mudanzas de Sicilia sucedieron, recreció tambien por España que grandes armadas de gentes advenedizas pasaron en ella con muchos navíos y tumulto por aquellas riberas y puertos que caen sobre nuestro mar Mediterraneo, cuyo señor y caudillo nombraban Taraco, á quien Estrabon con algunos otros cronistas llama Tearco, la *Sagrada Escritura* le dice Taraco.

Traian sus ejércitos multitud de hombres negros, valientes y guerreros, y tambien él era negro, natural y nacido dentro de la tierra que nombran Etiopía, la cual fué siempre region mucho espaciosa metida por las comarcas africanas, en lo más caluroso y ardiente dellas, donde son ahora los principados y señoríos del que se llama Prejan, á quien la gente vulgar corruptamente suele decir Preste Juan. Y si creyesen algunos que Taraco podia no ser negro, ni ménos la gente de su tierra, porque los cosmógrafos antiguos hacen memoria de cierta generacion en aquellas partes, nombrada leucoetíopes, que quiere decir etíopes blancos, entiendan que por no ser estos leucoetíopes tan negrísimos como los otros sus comarcanos eran así dichos, pero muy negros eran á la verdad. Confiesan todos los que hablan deste capitán negro Taraco, haber salido tan vale-



roso y magnánimo, que llegó tambien á ser rey en Egipto, y sin la jornada española de quien ahora tratamos, acometió muchos otros hechos ilustres en diversas tierras, viniendo poderosamente unas veces en ayuda y otras en daño de gentes y pueblos, léjos y cerca de su principado; particularmente vino, primero que en España pasase, contra cierto príncipe caldeo de Babilonia, nombrado Senacheribo, no ménos guerrero ni valiente que cualquiera de los poderosos de su tiempo, el cual á la sazón tenia cercada una ciudad llamada Pelusio, que dicen ahora Damiatá, en la tierra de Egipto, edificada muy junto con un brazo del rio Nilo, cerca de donde lo toma la mar. Y fué tan crecida la pujanza que Taraco traia, que Senacheribo no le osando esperar, se tornó para su tierra. De camino puso cerco sobre la ciudad de Jerusalem, la cual otra vez ántes habia tenido cercada, siendo señor y rey en ella Ezechías, como en aquel tiempo tambien lo era. Y en este cerco, dice la Sagrada Escritura, que dentro de una sola noche mató Dios Nuestro Señor ciento y ochenta y cinco mil hombres del ejército de Senacheribo; pero de Taraco su contrario, rey de los egipcianos, no hallamos otra particularidad en esta su primera llegada que á España competa por los libros que tenemos ahora, más de haber sido príncipe victorioso, y haber, como tengo dicho, costeadado las riberas españolas, y venido por ellas robando, corriendo y estragando de pasada la mayor parte de la marina, casi desde los montes Piri-neos hasta el Estrecho de Gibraltar, donde prendió multitud infinita de cautivos y robó joyas y caballos y preseas muchas y de gran diversidad, cuantas pudo hallar entre gente desapercibida que ninguna cosa destas recelaba. Desde el Estrecho de Gibraltar adelante no pasaron aquellas flotas, y fué la razon de su quedada, ver las corrientes furiosas que la mar echaba de sí, creciendo y menguando cada dia sin cesar momento, por aquellas angosturas y contornos del Estrecho, las cuales corrientes, Taraco ni sus compañías jamas vieron en otras partes, á lo ménos tan bravas y descomunales. Maravillados de tal extrañeza, creyeron que la mar y los dioses lo hacian al presente por no les dejar pasar adelante, y luégo movidos con devocion, comenzaron sacrificios en la ribera conforme á lo que tenian de costumbre, para satisfacer y aplacar estas aguas y sus movimientos, prometiéndoles que no proseguirian la jornada contra su permission y buen grado, hasta saber por agüeros ó señales manifiestas, ó por verdadera revelacion de sueños, de los cuales habia grandes intérpretes en aquellas

tierras andaluzas, el propósito que los dioses y la mar en esto tenian. Los fenices de Cádiz, oida la pujanza destas flotas nuevamente venidas, y los males y robos que por diversos puertos habian hecho donde quiera que tocaron, estaban atemorizados y confusos, creian de cierto que si Taraco llegase por su frontera, no dañaria ménos en ella que por las otras.

Pero sabidos aquellos detenimientos y la causa donde procedian, despacharon allá ciertos sacerdotes españoles de su dios Hércules para doblar á Taraco la supersticion, fingiendo venir á le dar el parabien de la llegada, y certificarle de parte deste dios Hércules que todas las victorias pasadas, y toda la buena fortuna suya procedian del favor y gran aficion que su dios Hércules le tenia, segun en sus muestras y sueños muchos dias ántes que las tales victorias aconteciesen les habia declarado: por tanto sería bien que reverenciadas con solemnidad estas corrientes y misterios de la mar, enviase la décima parte de todos los robos y riquezas habidas en otras provincias al templo de Cádiz, y no pasando más adelante, ni queriendo saber las cosas encubiertas del Océano que los dioses guardaban para sí, tornase por aquel derecho que trajo de las otras tierras y las despojase de riquezas y hacienda que hallaria fuera de donde convenian estar, entre gentes desapercibidas y simples, aunque feroces y denodadas; las cuales riquezas el dios Hércules mandaba que fuesen suyas y se las daba cumplidamente. Destas convenia tambien enviar la décima cuando las hubiese recogido, con mensajeros propios, dirigidos al mismo lugar que le hablaban al presente, donde vendrian otros de Cádiz á las recibir, porque su felicidad y buena fortuna no fuese desamparada del favor deste Dios y pasase de continuo más adelante. Tantos eran los engaños del enemigo malo por aquellos tiempos, y tan metidos traia los hombres en su falsedad y tiniebla con título de devociones, que Taraco tuvo por verdadera la mensajería destes sacerdotes, y creyó ser punto principal en quien consistia su conservacion, siendo cautela fingida para lo desviar de las comarcas españolas en que los fenices traian sus inteligencias. Luégo sacaron la décima parte del robo que pedian sin faltar cosa dello, y aun harto de más que de ménos, la hizo llevar á Cádiz con gran solemnidad y reverencia, y en habiéndola despachado comenzó de reparar sus navíos y calafateallos y bastecellos si tenian hendiduras ó quebras para dar vuelta contra las partes orientales españolas como los sacerdotes mandaban. La



mayor parte de la gente hizo que caminasen por tierra, no quedando más hombres en la mar de cuantos bastaban á regir y sostener aquella flota, si por caso le viniesen algunos acometimientos de camino, así de gente contraria, como de tormentas ó tempestades. Con esta sutileza mañosa, fundada sobre devoción y reverencia del dios Hércules, quedaron libres de Taraco los fenices de Cádiz, y cuando les tocaba, por tener ellos lo principal de su morada contra las partes occidentales del Estrecho, comarcas en aquel mar Océano sobredicho, que según publicaban eran vedadas por voluntad de los dioses á cualquier otra nación extranjera. Verdaderamente para los provechos de la gente que por allí vivía fuera gran bien si los tales ejércitos con la furia que primero trajeron llegaran allá y destruyeran estos fenices, ó por lo menos les impidieran algo de lo que hacían en el Andalucía, pues ya muy de propósito comenzaban demasías y fuerzas y crueldades enormes en la gente provincial española, con prisiones y cautiverios disimulados, y junto con aquellos muertes secretas en todas las personas principales de quien podían sospechar alguna resistencia. Esto negociaban aquellos fenices en Cádiz muy antes de sazón, porque ninguno de los andaluces entendía por aquel tiempo su daño ni lo sintieran muchos días después si los males poco á poco no crecieran en tal demasía que la necesidad hizo mirar en ellos y buscar el remedio que dirémos adelante.

CAPITULO XIV.

Cómo para vedar el destrozo que Taraco llevaba por la costa de nuestro mar, algunos españoles hicieron capitán á un caballero su natural nombrado Teron, el cual se dió tan buena maña, que poco después Taraco salió de la tierra muy maltratado, dejando primero cimentada, según algunos dicen, la ciudad que llamamos ahora Tarragona.

Comenzando su vuelta los ejércitos negros de Taraco, llevaron el viaje metidos por la tierra cuanto buenamente bastaban; y no pudo ser mucho dentro, ni derramarse como solían en otras regiones antes que viniesen acá, porque los españoles naturales de la provincia levantaban sus ganados y sus hijos y sus mujeres, y los ponían en lugares fragosos donde tuviesen menos peligro, ellos iban tras el ejército contrario, haciéndole daño y perjuicio, mordiendo lados y rezaga, todas las horas que hallaban aparejo; algunos pasaban adelante levantando grandes alborotos, apellidando gen-

tes y naciones cuantas caían en el derecho que Taraco llevaba, para que se pusiesen á salvo, si no querían ser destruidos á remate. Y á la verdad, la persecución era tal por doquiera que Taraco pasaba con sus egipcianos y negros, que ninguna cosa dejaban por asolar; sus navíos caminaban á la pareja por el agua, no haciendo menos perdición en las fustas españolas que topasen al encuentro, ó hallasen medidas en cualesquier puertos del camino, todo lo destrozaban y confundían, sin perdonar lance que se les ofreciese, de manera que la huida no fué menor en el agua que por la tierra, ni de menos espanto ni pavor; huían todos contra las partes orientales de España, creyendo que cuanto más caminasen adelante, tanto se juntaban más gentes unas con otras, y bastarían mejor, hallándose número crecido, para cobrar algo de la presa que Taraco les llevaba, pero como no tuviesen capitanes, ni cabezas mayores en el gobierno, todo su trabajo valía poco. Los egipcianos y negros iban adelante quebrantando pueblos y gentes muy á su voluntad, poniendo temores nunca sentidos en España hasta su venida, no sólo con la terribilidad y desgracia de sus obras, sino también con la mala visión y figura de sus personas. En esta fiereza que digo, volvieron desde el Estrecho de Gibraltar hasta cerca la boca del río Ebro, y puestos allí todos, comenzó Taraco de sentir alguna manera de resistencia mucho mayor que las pasadas, por estar ya junto razonable número de compañías españolas, y por tener la de esta comarca señalado para su defensa cierto caudillo provincial, cuyo nombre decían Teron; persona, según parece, de generosos pensamientos, y para la calidad y condición de los tiempos, tal que se podía fiar de él cualquier afrenta. Seguíale multitud de parientes y grandes ayudas, otras allegadas á éstos; tanto, que halló yo libros asaz auténticos, donde sólo por aquel respeto le llaman rey de esta región. Venido, pues, aquí Taraco, metió por el río sus navíos, y pasada la gente con ellos al otro lado comenzaron de proseguir su camino como solían. Luego Teron acudió con el cuerpo junto de sus españoles, así moradores en la tierra, como de los allegadizos y huidos, con los cuales hacían muy buenos acometimientos, y muy á sazón, en que siempre mataba muchos negros, y perdía pocos de los suyos. En la mar tenía también mediana copia de fustas, aunque no tantas cuantas eran menester para competir con la flota contraria, pero bastantes á la refrenar y detener, y no consentir que se desmandase; sobre todo ponía Teron gran solicitud en alzar los mantenimientos á las monta-



ñas, y buscar manera cómo no viniesen á sus enemigos por una parte ni por otra.

Finalmente, la resistencia se comenzó tan avivada, que Taraco, fatigado de la priesa que le daban y de las estrechuras en que lo ponían, recogió todo su campo sobre la marina para le hacer espaldas con los navíos. Allí comenzó de se fortificar en un cerro pequeño no lejos del agua, formando manera de reales y de reparos, lo que nunca hizo por otras partes en toda la jornada trasera. Hizo también sacar la décima parte de sus nuevos despojos y robos, para llevar en galeras al templo del dios Hércules, como lo tenía prometido; y porque gran parte de la presa fueron caballos y bestias y ganados mayores y menores, los cuales ni se podían meter en la mar, ni guiados por tierra llegarían á Cádiz, según la dificultad y peligros y largueza del camino, recompensaron el valor desto con joyas y con vasijas, metales, piedras preciosas, armas, ropas y jaeces en diferente calidad, y puestos en sus galeras los enviaron al templo sobredicho. Bien quisieran los navíos españoles ir tras ellas para cobrar estos tesoros ó parte dellos, pues eran suyos y pues tenían aviso cierto de cómo los pasaban en Cádiz; mas conocieron que no bastarían á salir con ello, dado que lo probasen, á causa de quedar el resto de la flota contraria puesta de por medio muy apercebida y armada; y así, los egipcianos y negros que llevaban la tal décima pudieron ir y venir brevemente, concluyendo su devoción y jornada sin ninguna dificultad. En esta misma coyuntura, cuando las galeras fueron de vuelta sucedieron algunos días vientos forzosos por aquella costa mucho demasados y disformes; levantóse la mar con tormentas asaz desordenadas, y como tomaron el armada contraria sobre playa descubierta, parte de los navíos dieron al traves y se despedazaron y perdieron; otros, metidos en alta mar, corrieron á lo largo padeciendo gravísimos peligros; algunos nunca más parecieron; muchos, apartados en lugares lejos de España, llegaron tan rotos y maltratados, que tuvieron menester hartos días para se remediar. Generalmente la flota de Taraco, donde consistía gran parte de su potencia, fué casi toda deshecha, ó por lo menos, derramada por sitios desvariados muy fuera de su propósito. La de Teron española, como tenía noticia de esta costa, metióse por calas y puertos abrigados y quedó libre sin recibir algún daño; de suerte, que con aquella desgracia recién acontecida los egipcianos y negros comenzaron á renovar sus aposentos en el cerro que primero tenían ocupado, labrando caserías y chozas á todo ca-

bo, determinados á residir en ellos hasta que sus navíos desparcidos pudiesen venir á se juntar en la parte donde les tomó la tormenta, ó si no viniesen, hasta labrar allí flota nueva con que caminasen la vuelta de sus tierras. Lo cual convenia ser hecho prestamente, porque mucha gente se les moría de gravísimas enfermedades; y sabían también que las provincias de Levante sujetas á Taraco, vistas sus ocupaciones en España, se comenzaban á rebelar y turbar y traían entre sí grandes movimientos. Sucedió luego tras esto, que los navíos comenzaron á tornar pocos á pocos, y con ellos y con algunos que los egipcianos y negros tenían ya hechos volvieron á la mar y tomaron el camino de sus tierras, faltándoles casi dos tercios de los hombres y de las fustas que trajeron cuando venían. Este fin tuvo, sumariamente contado, la tempestad y persecución de Taraco movida por España, llena de tantos peligros y diversidades, que si nuestros autores la pudiesen contar particularizada, hicieran de ella justo volumen. Los españoles huidizos compañeros de Teron, viéndose libres de tal enemigo, tornaron á sus tierras y recogieron sus hijos y y mujeres, y reparaban el daño recibido como mejor podían.

Otros naturales de la provincia se fueron también á sus casas; alguna gente baldía, que no tuvo tales acogidas, ocuparon las chozas y caserías hechas por los egipcianos en la cumbre del cerrecillo donde Taraco fornecia su real, y levantaron una figura de población, que cuanto más iba, tanto se hizo mejor y más lucida; la cual certifican historiadores nuestros ser la ciudad llamada Tarragona, cuya nombradía dicen haber sido tomada por el apellido del mismo Taraco, que primero la cimentó cuando situaba sus estancias en ella; Juliano solamente declara parecerle gran argumento la semejanza del vocablo para pensar que Taraco la principiase, puesto que cuanto á este punto yo me acuerdo bien, lo que antes de ahora dejamos escrito en el cuarto capítulo del primer libro mucho diverso de esto, donde podrá quien quisiere leer lo que dicen otros sobre la fundación de aquel pueblo, y juzgar en ello lo que más verdadero les pareciere.